

## Las construcciones intelectuales de Manuel Gálvez sobre las figuras políticas de principios del siglo XIX

Gonzalo Rubio García (UBA-GEHiGue)

### Introducción

Manuel Gálvez fue un trascendental escritor paranaense del siglo XX que se caracterizó por sus obras literarias de estilo realista. Entre sus novelas más reconocidas se encuentran *El Diario de Gabriel Quiroga* (1910) *Nacha Regules* (1919), *Historia de arrabal* (1923), *El enigma interior* (1907) y *Sendero de humildad* (1909). Fue un autor con profundas inquietudes intelectuales e ideológicas que logró representar en el terreno de la literatura popular distintos temas trascendentales de la historia argentina. A su vez, en el campo estrictamente biográfico e historiográfico, acercó distintas miradas sobre temas controversiales del pasado nacional al ciudadano corriente, logrando una gran aceptación del público general mediante las imágenes expresadas en sus obras.

Algunas de aquellas imágenes sobre el pasado argentino son las que buscaremos analizar en este trabajo. A través de sus escritos, intentaremos examinar las construcciones que mostró Gálvez a lo largo de sus obras sobre algunas figuras decimonónicas de la historia argentina, como son los casos de Juan Lavalle, Juan Manuel de Rosas y Manuel Dorrego, teniendo en cuenta el contexto de época que elaboró el autor y las ideas que transmitió sobre esa época.<sup>1</sup>

La tarea propuesta será llevada adelante considerando la función de *intelectual* que cumplía nuestro autor. Dicho término ha recibido distintos usos desde “el último tercio del siglo XIX”. El papel de Gálvez dentro de ese terreno -por ser un hombre de ideas que interpelaba a la opinión pública, mediante discursos y ensayos, con una misión cultural- estaba recortado por la configuración histórica de su tiempo y por aquellos otros intelectuales con los que dialogaba.<sup>2</sup>

---

1 Sobre las representaciones del pasado, el ejercicio del poder y la historia como disciplina en particular, consideramos interesante la postura Bronisław Baczko, quien afirmó que ejercer el derecho al pasado es violar el control sobre las mentalidades y las representaciones utilizadas para legitimar cualquier sistema político e ideológico. La Historia, entonces, puede ser utilizada como una herramienta de disciplinamiento social, para formar una identidad, y tener otras funciones como la de servir a la erudición científica, postura que no implica la objetividad en su relato, sino otro medio para la transmisión de un relato histórico. Baczko, Bronislaw, “La Polonia de Solidaridad: una memoria explosiva”, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 192.

2 Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pp. 17, 73 y 113-115.

Continuando la anterior lógica, circunscribimos el tipo de investigación que pretendemos desarrollar dentro del campo de estudios de la “historia intelectual”. La referencia a este término como “campo” no es casual, ya que si bien se “inscribe su labor dentro de la historiografía (...) a veces, cruza el límite y se mezcla con otras disciplinas”.<sup>3</sup> Entendemos que los aspectos culturales deben analizarse mediante la historia de las ideas, una parte de la historiografía que busca “comprender las ideas y creencias del pasado” -los conceptos, palabras y representaciones sociales- utilizando escritos que restituyan la visión que los seres humanos tenían de su época, pero siendo precavidos de no caer en anacronismos al momento de leer las fuentes históricas, pues hay conceptos naturalizados en nuestra vida cotidiana -nación, patria, y muchos otros que podrían funcionar como ejemplos- cuyo significado era distinto en el pasado.<sup>4</sup> Así, no debemos sólo comprender los escritos como representaciones de la realidad, sino como formas de “intervención práctica, tanto simbólica como material” sobre ella, razón por la que, además, debemos considerar la reconstrucción de su sentido.<sup>5</sup>

Más allá de la metodología planteada, consideramos que Gálvez buscó construir imágenes distintas a las vigentes a principios del siglo XX sobre la historia argentina del siglo XIX con el objetivo de resignificar aquellas figuras históricas que, entendía, habían sido injustamente denostadas. En relación a la anterior afirmación, consideramos que su tratamiento sobre la figura de Rosas fue cambiando a lo largo de los años, según sus consideraciones políticas, logrando mostrar distintas imágenes del gobernador de Buenos Aires que se ajustaban al ideal de líder político que imaginaba hacía falta para presidir la Argentina.

### **Dos cosmovisiones distintas para entender la política: unitarios y federales**

Hacia principios del siglo XX, Gálvez era un reconocido escritor en el ambiente literario que adhería al realismo y se destacaba por dejar en sus obras agudas críticas a la cultura argentina, caracterizada mediante el afán de lucro, el materialismo cosmopolita y la

---

3 Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 10.

4 Chiaramonte, José Carlos, *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013, p. 277, Bruno, Paula, *Pioneros culturales de la Argentina, Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 5-7 y Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, p. 11.

5 Ver: Palti, José Elías, *¿Las ideas fuera de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*, Buenos Aires, Prometeo, 2014, p. 12

perdida de lo que el autor reconocía como los “antiguos valores de la nacionalidad”, relacionados aquellos con las posturas filosóficas espirituales.<sup>6</sup>

En obras como *El diario de Gabriel Quiroga* y *El mal metafísico* (1916), entre otras, Gálvez anticipó a principios del siglo XX muchos de los tópicos que en la década de 1930 comenzó a utilizar el revisionismo histórico.<sup>7</sup> En especial debemos remarcar la crítica al liberalismo, en todas sus variantes, pues para el autor había corrompido la cultura tradicional e hispánica argentina<sup>8</sup> De hecho, no hace falta remitirse a sus obras decididamente revisionistas para descubrir estos tópicos. Basta considerar sus publicaciones literarias para descubrir una de las virtudes de Gálvez: logró realizar escritos sobre el pasado argentino en clave literaria bajo una cosmovisión que imponía a los escritores una función social y moral denunciadora.<sup>9</sup>

Una de aquellas novelas con las que incursiono en la historia argentina fue *El gaucho de Los Cerillos* (1931). La obra, realizada con documentos pertenecientes a Tomás de Iriarte, militar que negó algún tipo de autoridad a Juan Lavalle, siendo desterrado a Uruguay hasta la llegada al gobierno de Rosas, buscaba ilustrar la época en torno a la revolución realizada por Lavalle el 1º de Diciembre de 1828 y la impronta que tuvo en la sociedad porteña, ahondando en las divisiones que había entre unitarios y federales. Si bien el autor aclaró que no buscaba ejemplificar y comparar el contexto político de finales de la década de 1920 con el de las guerras civiles decimonónicas, es posible que buscara trasladar las divisiones políticas que entonces habían transcurrido los porteños con aquellas que había en su época entre radicales, conservadores y nacionalistas.<sup>10</sup>

Bajo la lógica planteada por Gálvez, las divisiones en la sociedad bonaerense de la época no se limitaban simplemente a la lucha de federales y unitarios, sino que entre los

6 Par este tema, ver: Gramuglio, María Teresa, *Nacionalismo y cosmopolitanismo en la literatura argentina*, Rosario, Municipalidad de Rosario, 2013, p. 186.

7 Entendemos que el revisionismo debe ser analizado como un “grupo de intelectuales que procuró intervenir en la amplia zona de encuentro entre el mundo cultural, incluyendo en él a las instituciones historiográficas y la política”, cuyas posiciones políticas adoptadas no eran siempre uniformes y buscaban “cambiar la que, sostenían, era la versión dominante del pasado argentino por otra” Ver: Cattaruzza, Alejandro, “El revisionismo: itinerario de cuatro décadas”, en Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro, *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires, 2003, pp. 145-146.

8 Ver: Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, pp. 42-53.

9 En su papel de intelectual crítico de la política y la cultura argentina, afirmó que los “extranjeros” levantaban “fortunas” que terminaban llevando a Europa, mientras que, en su mayoría, los argentinos sólo se preocupaban por mostrar sus “aires de grandes” a pesar de ser mediocres. Ver: Gálvez, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001, p. 107, Gálvez, Manuel, *El mal metafísico*, Buenos Aires, 1917, pp. 13 y 170 y Gálvez, Manuel, *Hombres en soledad*, Buenos Aires, Club de libro, 1938, pp 17-18.

10 Para este tema, ver: Spektorowski, Alberto, *Autoritarios y populistas. Los orígenes del fascismo en la Argentina*, Buenos Aires, Lumiere, 2011, pp. 103-133.

primeros se encontraba la denominada “parcialidad”, es decir, aquellos que formaban parte del partido federal, pero que pertenecían a la “parte decente” de la sociedad, pues entre ellos había abogados, tenderos, oficiales del ejército, estancieros, etc. Los típicos federales, que “nada sabían del federalismo ni de las provincias o de los caudillos del interior”, afirmó, eran los “moradores de las orillas, del ejido”, es decir, los “orilleros, compadritos, cacuacos o pandilleros”, que despreciaban a aquellos que vestían chaqueta redonda o levita.<sup>11</sup>

La caracterización del federalismo como el partido representante de las clases bajas, según Gálvez, era una imagen que se auto adjudicaban también sus partidarios, pues, bajo el signo de la lucha cultural, no dejaban de cantar mueras a los que vestían “fraque y levita”, siéndoles, además, funcional aquella definición.<sup>12</sup> La “chusma” federal era representada como un grupo de individuos que no respetaban los códigos de comportamiento social establecidos por la elite, ni siquiera los honores militares de la Independencia. Así, Gálvez describió en *El gaucho...* despectivamente a los “carniceros” que atropellaban a los “hombres decentes” y a los “negros” federales que “reían siniestramente”, con tono burlesco, al momento de exasperar a los unitarios.<sup>13</sup>

Había federales aceptables y otros reprobables, diferenciación que Gálvez establecía mediante los personajes de su obra. Por un lado se encontraba José Rafael Hinojosa, un “matón” que usaba cuchillos, se “juntaba con gentuzas” en las “casas malas” y generaba “desordenes” en la comunidad, elecciones que habían desembocado distintos altercados con la Justicia.<sup>14</sup> Por otro lado se encontraba Tomasito Hinojosa. Dicho personaje, describió, era “reservado, serio, discurría con sensatez”. Además era “alto, distinguido”, apasionado, pero sabía dominarse. A diferencia de los bajos instintos de su hermano, José Rafael, quien era un federal “mentiroso, falso, bonachón y cobarde”, Tomasito poseía un “temperamento enérgico y aún austero”, no conocía el miedo y junto a Rosas, para quien había trabajado, había aumentado su “valor y energía”. También, escribió Gálvez, “trataba con bondad a los negros, esclavos o no, pero no llegaba a las familiaridades de José Rafael”.<sup>15</sup>

De todas formas, muchos porteños acaudalados se consideraban federales, o al menos apoyaban a Dorrego y Rosas, según Gálvez, porque representaban la posibilidad de establecer un estricto orden social, idea que tenía reminiscencias de las épocas virreinales en las que había un poder fuerte y centralizado. Dicha imagen iba en consonancia con las ideas reaccionarias que tenían muchos federales y que Gálvez se encargó de ilustrar en *El gaucho...*

11 Gálvez, Manuel, *El gaucho de Los Cerillos*, Buenos Aires, Austral, 1943, pp. 10-11.

12 *Ibidem*, p. 17.

13 *Ibidem*, pp. 42-43.

14 *Ibidem*, pp. 23 y 36

15 *Ibidem*, pp. 47-48.

En la obra, algunos personajes dorreguistas y rosistas consideraban que los unitarios representaban el caos liberal y la imposición de doctrinas contra la iglesia.<sup>16</sup>

El autor relacionó al federalismo con el “espíritu americano” de rebelión contra el “espíritu europeo”, caracterizado mediante el liberalismo. El primero, afirmo, además de federal, era “democrático, popular y bárbaro”, mientras que el segundo, destacó, “estaba representado por los unitarios y era afrancesado, artificial, retórico aristocrático y civilizado”. Los unitarios, afirmaba, creían que seríamos europeos tan sólo con imitar sus instituciones y sus políticas económicas. De esta forma, el federalismo guardaba una perspectiva política que lindaba con el anti imperialismo y el nacionalismo en su representación cultural, pues los caudillos, destacaba Gálvez, habían salvado la nacionalidad de ser corrompida por la cultura unitaria y europea, a la vez que se habían diferenciado de los últimos al no realizar pactos comerciales y financieros con entidades extranjeras.<sup>17</sup>

Dichas imágenes perduraron incluso en sus obras de la década de 1940. En *Vida de Sarmiento*, Gálvez afirmó que en las provincias del interior, como San Juan, se odiaba a las figuras liberales, como Rivadavia y Del Carril, por los decretos sobre secularización y supresión de rentas religiosas llevados adelante en torno a la década de 1820. En su ideario, los unitarios habían iniciado los conflictos y atropellos políticos en la Nación, pues no respetaban la cultura de las provincias y buscaban imponer sus creencias.<sup>18</sup>

En la caracterización realizada por Gálvez, el federalismo representaba para los unitarios al “populacho”, a la gente de la pulpería y los barrios periféricos. Significaba la presencia de la “chusma en los actos públicos y la importancia que había cobrado en la vida de la ciudad”, situación que los incomodaba en su vida cotidiana.<sup>19</sup> Por el contrario, los unitarios eran caracterizados por el autor mediante sus conductas sociales y su cultura europeísta.<sup>20</sup> Tenían “aires de presunción y de optimismo ingenuo”, intolerancias, orgullos, exclusivismo” y “fraseología hinchada”, aseguraba<sup>21</sup> Aquellos habrían defendido los intereses de una “minoría culta” que, en su afán por acelerar el progreso material y asemejarse a los países europeos, prestaba poca atención a los valores culturales provinciales y su conservación.<sup>22</sup> Eran librecambistas y liberales por definición, detestaban a España y su único

16 *Ibidem*, pp. 15 y 37 y Gálvez, Manuel, *Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad*, Buenos Aires, Tor, 1957, pp. 21-27.

17 Gálvez, *El diario... op. cit.*, pp. 130-132.

18 *Ibidem*, pp. 19-21.

19 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, pp. 15-17 y Gálvez, Manuel, *Bajo la garra anglofrancesa*, Buenos Aires, Austral, 1952, p. 37.

20 Gálvez, *El diario... op. cit.*, p. 130.

21 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, pp. 18.

22 La imagen que guardaba sobre los unitarios se mantuvo constante a lo largo de todos sus escritos. En *El diario de Gabriel Quiroga* ya hablaba de los unitarios como “seres artificiosos y decorativos que eran más

patriotismo, afirmó, era verbal y oratorio, “de fiesta cívica, de bandera y de mitología histórico-guerrera”, pues jugaban contra los intereses argentinos.<sup>23</sup>

Los porteños, aseguró, veían a los federales de la Campaña como bárbaros sin escrúpulos. Imaginaban que la ciudad podía ser saqueada, “violadas las mujeres y asesinados los hombres” por los “salvajes del desierto”. Buenos Aires “temía a los gauchos andrajosos, muchos de los cuales solo llevaban boleados y lazo”. Sin embargo, el autor justificó dicho temor, pues, aseguraba, los porteños, en las expediciones a Santa Fe realizadas en los años 1815 y 1816, habían robado, violado y asesinado a mansalva.<sup>24</sup>

En cuanto a su postura política, Gálvez mostró a los unitarios como ciudadanos belicosos que buscaban desterrar a Dorrego del poder. Lo acusaban, afirmó, de ser un gobernante despótico que ganaba sus elecciones mediante “escandalosos fraudes electorales”, razón por la que se creían con derecho a libertar a Buenos Aires de su Gobierno.<sup>25</sup> Luego del fusilamiento, continuó, los unitarios justificaron y alabaron el asesinato, pues el gobernador había conducido a los “indios salvajes” a la pelea para desestabilizar el orden social.<sup>26</sup>

En las descripciones que el autor realizó, dejó entrever su pensamiento político elitista de la década de 1920 en el que todas las culturas ajenas a la elite porteña eran abominables y similares: había una aristocracia letrada que debía efectuar como guía de los grupos culturales “reprobables” de la sociedad para incluirlos en el juego político. Dicha postura no implicaba su filiación con aquellos grupos por él denominados como unitarios, pues defendía el anti liberalismo y el hispano catolicismo, ligados, según Gálvez, al federalismo.<sup>27</sup>

Es de notar que en las obras de Gálvez se describía a las clases populares con cierta caracterización despectiva, pero reconociendo el valor e importancia que habían tenido, por ejemplo, en las invasiones inglesas decimonónicas o en las diferentes batallas libradas contra aquellos que el autor mostró como inescrupulosos que atentaban contra la política y economía de las provincias.<sup>28</sup> Dicha idea nos lleva a sugerir que, desde su concepción elitista, Gálvez

---

europeos que argentinos”. Ellos, afirmaba, no habían sido nunca democráticos a excepción de aquellos “unitarios que no tenían el espíritu del unitarismo: como Sarmiento, como Mitre”. Para los unitarios, afirmaba Gálvez, “la civilización estaba antes que todo”, pues eran “liberales, masones, europeístas” y “partidarios fervientes de la ilustración”. Gálvez, *El diario... op. cit.*, pp. 123-124 y Gálvez, Manuel, *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Claridad, 1997, pp. 125-126 y 138-139 y Gálvez, *Bajo la... op. cit.*, pp. 18-19.

23 Gálvez, *El diario... op.cit.*, p. 194.

24 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, pp. 129 y 131.

25 *Ibíd.*, p. 18.

26 *Ibíd.*, p. 110.

27 Doña Magdalena, uno de los personajes del *El gaucho...*, prototipo de las mujeres porteñas conservadoras, veía en los unitarios como “feroces enemigos de Dios, por causa de las reformas liberales realizadas durante el gobierno de Rivadavia”. Ver: *Ibíd.*, p. 37 y Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, p. 35.

28 Gálvez, Manuel, *La muerte en las calles*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 345.

guardaba cierto reconocimiento al *pueblo* y lo consideraba un elemento importante en su concepción política, a pesar de no sentirse identificado con la cultura que les adjudicaba.

Como pudimos observar, Gálvez caracterizaba a los partidos unitario y federal mediante distintas pautas culturales de sus representantes, como el tipo de ropa que utilizaban, los territorios en los que tenían influencia política, los gustos particulares de sus seguidores, entre otras cuestiones, y no por las formas de organización políticas que representaban para las provincias. A principios del siglo XIX, según el autor, el unitarismo y federalismo “no correspondían a ninguna realidad”.<sup>29</sup> Los individuos, afirmaba, “no juzgaban a los partidos por sus ideas, sino por la calidad social de sus adherentes”.<sup>30</sup> Verdaderos partidarios del régimen de la unidad, solamente habían sido “Rivadavia, Agüero y algunos hombres que los rodeaban”, afirmaba. Mientras que “federales doctrinarios los había también muy pocos: Dorrego era uno de ellos”. La mayoría de ambos partidos “no se preocupaba de las ideologías políticas, y hasta ignoraba el significado exacto y verdadero de aquellas palabras”, adhiriendo a uno u otro partido por sus pretensiones sociales.<sup>31</sup>

### **Las imágenes de Gálvez en torno a las figuras históricas argentinas**

Nuestro autor generó muchísimas imágenes sobre el pasado que traían incorporadas las caracterizaciones de algunas figuras importantes de la historia argentina.<sup>32</sup> Como otros intelectuales, Gálvez construyó su propia interpretación del pasado, aquella que buscaba imponer sobre otras versiones con las que entraba en pugna.<sup>33</sup> Bajo dicha lógica, individualizó y describió la figura de Dorrego y su contexto político: fue un “hombre cordial, espontáneo y verboso” que ni en sus instantes de mayor intranquilidad trataba de simular la “respetabilidad que le restaban sus maneras tan escasamente reservadas”. Exaltando sus virtudes físicas, lo destacó como un “bello hombre”, con facciones “casi perfectas”, que tenía “grandes ojos, de mirada confiada y cordial” y la “tez delicada y blanca”.<sup>34</sup>

En sus escritos, Gálvez mostró a Dorrego como “el alma del federalismo en Buenos Aires” en torno a la década de 1820. Sin embargo, afirmaba, le había tocado transitar una

<sup>29</sup> Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, p. 28.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, p. 56.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>32</sup> Es de notar que el autor destacó su “imparcialidad” historiográfica adjudicándose un origen cultural anti rosista y un conocimiento sobre la temática adquirido a partir de los manuales escritos “por sus enemigos”. Además aseveró la “buena fe” con la que él escribió la biografía sobre Juan Manuel de Rosas, realizada con el pensamiento “puesto en la Patria”. Ver: Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, p. 15.

<sup>33</sup> Para este tema, ver: Cattaruzza, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 16-29.

<sup>34</sup> Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, pp. 26- 27.

pésima situación económica para su gobierno que lo había desacreditado políticamente e incitado las conspiraciones de los unitarios.<sup>35</sup>

El autor consideraba que había sido un incrédulo al no percatarse de la revolución que sus contrincantes preparaban a sus espaldas.<sup>36</sup> Incluso, dejó entrever los miedos que la figura de Rosas suscitaba a Dorrego: “no ignoraba que Rosas podía derrocarlo en cualquier momento”. Dicha postura, sin embargo, no implicaba una conspiración contra el Gobierno. Por el contrario, Gálvez presentó a Rosas como un hombre precavido que, ante la inminente llegada de una revolución social, trataba de salvar el gobierno y a la población porteña.<sup>37</sup>

Según el autor, Dorrego era una víctima política que se sentía injustamente injuriada por los unitarios, pues tenía propósitos conciliatorios, mientras sus contrincantes políticos sólo sostenían un “exclusivismo partidista”. Incluso, afirmó Gálvez, elogió a Lavalle, “lamentado que le combatiese”. El gobernador, pese haber sido “violento y cruel con sus adversarios”, quería acercar a los unitarios a su gobierno. Demostraba así “un amplio espíritu” y sus buenas intenciones, pues era “honrado” y “amigo de la verdad”.<sup>38</sup> Esa postura, afirmó, no evitó que Dorrego fuese traicionado por todos sus allegados al desarrollarse la revolución de Lavalle.<sup>39</sup>

En cuanto a sus políticas, Gálvez justificó su accionar frente al conflicto militar con Brasil, pues no podía realizarse ninguna acción que no fuese establecer la paz: “los orientales querían ser independientes y Buenos Aires y las otras provincias no podían continuar la guerra”. A dicha cuestión sumaba diferencias entre los proyectos de Rivadavia y Dorrego: “el de Rivadavia entregaba al Brasil la Provincia Oriental”, mientras que el proyecto de Dorrego “reconocía la independencia”.<sup>40</sup> De esta forma, Gálvez exculpaba a Dorrego ante la ruinosa situación económica y el abandono en la lucha por la Banda Oriental.

El fusilamiento de Dorrego fue para Gálvez una catástrofe que “estremeció las casas de abolengo” y el barrio del Tambor. Todo Buenos Aires, afirmó, recibió con tristeza la noticia: “el patricio, y el aguatero, el ex cabildante de Mayo y el compadrito de las orillas”.<sup>41</sup> Para los “negros”, en especial, Dorrego era casi un santo y lo lloraban como si hubiesen perdido un padre.<sup>42</sup>

En cuanto a la imagen construida sobre Lavalle, otra de las figuras importantes en torno a la década de 1820, Gálvez fue bastante más benévolo en sus primeros escritos sobre

35 Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, pp. 74-75.

36 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, p. 73.

37 *Ibidem*, pp. 64-65.

38 *Ibidem*, pp. 27-28 y 63.

39 *Ibidem*, pp. 88-89.

40 *Ibidem*, p. 29.

41 *Ibidem*, p. 95.

42 *Ibidem*, p. 108.

dicha época que en sus posteriores obras publicadas en torno a la década de 1940. En *El gaucho...* caracterizó a Lavalle como un militar de reconocido valor, pero sumamente “orgullosa y vanidosa”: era el héroe de los unitarios que buscaba derrocar a Dorrego y restaurar la “libertad”.<sup>43</sup> Lo describió como un “porteño típico, hasta en lo fanfarrón, hasta en cierta falta de prudencia que le conducía a los actos más impremeditados”. Era “noble, iluso y un tanto ingenuo”, sentenció Gálvez, pues “ignoraba las mañas de los políticos”, al igual que “engreído y arrogante”.<sup>44</sup>

Lavalle no habría sido precisamente unitario, sino un simple joven inexperto en política, manipulado por su ambiente social: “como oyera a todos conocidos criticar a Dorrego”, no habría dudado en unirse al “triumfo unitario”. El crédulo militar, continuó, se había visto sugestionado por sus correligionarios. A dicha situación, Gálvez sumaba los padecimientos que vivió en sus épocas dentro del ejército, donde la insuficiencia de alimento y la pobreza habían creado adversarios a Dorrego. Bajo esa lógica, afirmaba, Lavalle creyó que Dorrego “sólo se ocupaba de afianzar su situación, aliado a los caudillos semibarbaros del interior”.<sup>45</sup>

El autor afirmó que Lavalle había realizado la revolución por incitación de sus allegados, sin deseos de asumir al poder. Mostró una imagen patriótica, emancipadora y sufrida sobre el ex gobernador, pues había asesinado a Dorrego con el afán de “salvar a la provincia” de las guerras y la “ruina de la patria”. Sentía en su alma “el gusaneo del remordimiento”, incluso había pensado, según Gálvez, en revocar la orden, pero prefirió ser acompañado por “la sombra de Dorrego” el resto de sus días.<sup>46</sup> Sin embargo, su postura duró poco tiempo, pues Lavalle habría condenado el fusilamiento: de nada había servido, su propio partido se le había puesto en contra.<sup>47</sup> En *El gaucho...*, Gálvez no dudó en exaltar sus buenas intenciones y sus nobles estímulos, razón por la que exculpó al verdugo del ex gobernador. A su entender, no supo controlar la situación, cuestión que desembocó en uno de los peores errores de Lavalle. Dicha imagen era contraria a la que daba sobre Rosas, pues lo presentó como un individuo política y económicamente capaz de manejar el catastrófico estado de Buenos Aires.<sup>48</sup> Lavalle, afirmó Gálvez, reconocía esos méritos en Rosas, cuestión que, dada su antigua relación, lo llevó a buscar su protección y consejo, ofreciéndole negociar las futuras

---

43 *Ibíd.*, p. 59.

44 *Ibíd.*, pp. 20-21 y 126.

45 *Ibíd.*, pp. 21-22.

46 *Ibíd.*, pp. 134-135.

47 *Ibíd.*, p. 136.

48 Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, pp. 40-42.

elecciones.<sup>49</sup> Su ingenuidad habría permitido que Rosas lo venciera políticamente en 1820 “seduciéndolo” para que abandonara el poder y se marchase a Montevideo.<sup>50</sup>

Ambas figuras fueron presentadas por Gálvez mediante su nobleza, pero Lavalle, “sin ser precisamente un espíritu europeo, era un hombre de ciudad, un caballero” confiado, ingenuo y leal. Rosas, en cambio, “sin ser un gaucho, había adoptado las costumbres de los gauchos y había adquirido, en veinte años de contacto con ellos, su misma idiosincrasia”: era “astuto, frío, calculador”. Así como Lavalle representaba a la “ciudad, Rosas personificaba a la campaña semibarbara”. De todas formas, el autor dejó en claro su postura: “Lavalle con sus treinta y dos años, impulsivo, imprudente, ingenuo, resultaba un niño junto al hombre fuerte que era Rosas, a quien ya se decía don Juan Manuel”.<sup>51</sup>

La anteriormente expuesta imagen fue modificada en torno a la década de 1940 en los escritos de Gálvez. Rosas y Lavalle habrían representado dos formas opuestas de entender la realidad: “Lavalle el unitarismo aristocrático y europeizante y los medios arbitrarios ilegales; Rosas, el federalismo popular y gaucho, vernáculo y democrático, y el orden y la legalidad”.<sup>52</sup> De todas formas, no sólo cambió en los escritos de Gálvez la forma en que percibía la imagen de Lavalle, sino que también modificó el modo en que presentaba su relato histórico. Para la década de 1940 Gálvez se presentaba como un autor decididamente revisionista al afirmar que los unitarios habían realizado “la falsificación de nuestra historia”.<sup>53</sup> Así, asimiló a los héroes y relatos del unitarismo con los asesinatos políticos, el liberalismo y la tergiversación de los acontecimientos históricos argentinos, mientras que los líderes federales fueron por él utilizados para validar las imágenes de otros importantes políticos del siglo XX que guardaban en sus discursos y medidas de gobierno posturas anti imperialistas.<sup>54</sup>

En la postura adoptada por Gálvez en torno a la década de 1940, el gobierno de Lavalle no habría sido otra cosa que una “dictadura sangrienta”, muy distinta a la “misión providencial” de Rosas.<sup>55</sup> A diferencia de aquel, Lavalle no buscaba volver a la legalidad de

49 La madre de Rosas, afirmó Gálvez, “había dado el pecho al niño de meses Juan Lavalle”. Ver: Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, pp. 138-139.

50 Gálvez, *Vida de Sarmiento... op. cit.*, p. 35.

51 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, pp. 139-140.

52 Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, p. 108 y Gálvez, *El diario... op. cit.*, p. 195.

53 *Ibíd.*, p. 96.

54 Gálvez escribió un artículo, publicado en el periódico *El pueblo* el 13 de agosto de 1944, en donde afirmaba: “el coronel Perón es un nuevo Yrigoyen” (p. 8). De allí a establecer la línea Rosas-Yrigoyen-Perón había un solo paso, pues con anterioridad había establecido la relación Yrigoyen-Rosas. Ver: Gálvez, Manuel, “La obra social que desarrolla el coronel perón”, en Perón, Juan Domingo, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1944, pp. 7-9 y Gálvez, Manuel, *Vida de Hipólito Yrigoyen. El hombre del misterio*, Buenos Aires, Tor, 1951, p. 136.

55 *Ibíd.*, pp. 16 y 136.

las elecciones y en el ejercicio del poder se había mostrado como un funcionario violento y vengativo que se dedicaba a amedrentar federales.<sup>56</sup> Dicha circunstancia, afirmaba Gálvez, molestaba tanto a federales como unitarios. Sin embargo, al finalizar su gobierno, y al momento de llamar a elecciones, los fraudes justificaron que por él fuesen canceladas, cuestión que radicó en el reproche y alejamiento de los unitarios: la revolución de diciembre estaba muerta.<sup>57</sup>

Nuestro autor mostraba a Rosas como el guía espiritual y político que podía cumplir la función de relajar los conflictos políticos provinciales y domar a las enardecidas masas populares: un “Mesías de la paz” que en su ideario representaba la “salvación de la patria” y a los “Césares romanos”.<sup>58</sup> A lo largo de *El gaucho...* se lo mostró como un estanciero “organizador enérgico” que llevaba una administración excepcional de sus negocios y “odiaba a los anarquistas”, razón por la que se encontraba dispuesto a seguir “cualquier procedimiento para terminar con el caos social.”<sup>59</sup> Su abolengo e ideas, al igual que su fortuna, ganada con honradez y perseverancia”, confirmaban para Gálvez su defensa de la “ley y el orden” al igual que su respetabilidad.<sup>60</sup>

El Gálvez de finales de la década de 1920 se sentía atraído por una imagen de Rosas elitista, una figura que habría incentivado las tradiciones católicas en el país y dominado la cultura de los grupos populares a través de un control férreo de la disciplina y un poder fuerte centralizado en su persona. No había lugar a dudas: Rosas hacía trabajar a los indios, hablaba su idioma, les enseñaba a “respetar la propiedad ajena, a no mentir, a conducirse como cristianos y no como bárbaros”.<sup>61</sup> Era el único que podía controlar a “la barbarie gaucha que aún no había sido domada”.<sup>62</sup> Aquellas características eran las que Gálvez consideraba debía tener el líder político que él imaginaba conduciría a la Argentina a su destino de grandeza en un período como el de la década de 1930 en el que las imágenes sobre las excepcionalidades sociales, culturales y económicas del país habían sufrido una ruptura.

El gauchaje, por su parte, “toleraba sumiso y adicto” la mano de hierro del patrón y su férrea disciplina.<sup>63</sup> Los “compadritos y orilleros”, destacó Gálvez, deseaban “admirar al prodigioso gauchos de Los Cerillos, que domaba y enlazaba como nadie y a quien, en sus andanzas por la provincia, bastábale morder el pasto para saber en qué estancia se

56 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, p. 116.

57 *Ibíd.*, p. 154.

58 *Ibíd.*, pp. 172 y 176.

59 *Ibíd.*, pp. 17, 65 y 172.

60 *Ibíd.*, pp. 65 y 79.

61 *Ibíd.*, p. 51.

62 *Ibíd.*, p. 167.

63 *Ibíd.*, p. 51.

encontraba”.<sup>64</sup> Los “hombres de orden, los espíritus coloniales”, afirmó Gálvez, no veían el instante de presentar su “respeto al Restaurador de las Leyes, al vengador de Dorrego, al vencedor de la anarquía”.<sup>65</sup> El autor mostraba que gran parte de sus seguidores eran los “coloniales”, llamados así para diferenciarse de los “republicanos”. Ellos, destacó, eran partidarios del “poder absolutos” y Rosas representaba “orden, religión, paz”.<sup>66</sup>

La imagen de Rosas, además, era complementada con sus “bondadosas” actitudes, pues no dudaba en acercarse al gauchaje, compartir sus códigos culturales y “tomar parte en las labores a la par de la peonada”.<sup>67</sup> Dichas pautas no impedían la “mano dura” entre sus empleados, aquella que había disminuido los alborotos y robos por parte del gauchaje: “allí, por cualquier cosa un peón se lleva cien azotes”, describía Gálvez. La grandeza que el autor buscó crear en torno a la imagen del caudillo porteño llevaba a que incluso la disciplina fuese aplicada a su persona, pues el mismo Rosas se habría mandado a “azotar por haber perdido un lazo”.<sup>68</sup> Dichos méritos, según el autor, eran reconocidos tanto por los unitarios como por los federales. No obstante sus cualidades, la mayoría de los unitarios lo consideraba un hombre “malo, quizá perverso”.<sup>69</sup> Por momentos esa imagen se vuelve maquiavélica e incluso maligna, como si el caudillo fuese construido en el relato con argumentos de ambos partidos. En sus escritos mostraba a Rosas como una persona fina, pero irónica e incluso humilladora, características que, afirmó Gálvez, el ex gobernador exaltaba y disfrutaba.<sup>70</sup>

Rosas no escapó a las descripciones físicas de Gálvez, metodología que utilizaba para transmitir y formar una imagen completa sobre sus personajes, ya fuere para denostarlo o mostrar su supuesta grandeza social: era “lleno de carnes, sin llegar a gordo”, de busto “bien derecho y de natural postura”. Tenía, afirmó, “el pelo revuelto y abundante, y sus patillas no eran muy pobladas”. Su rostro, continuó, “impresionaba por su belleza fría y rara: alta y lisa la frente; azules los ojos, que, pequeños y hundidos, parecían mirar desde un escondite, bajo las cejas poco arqueadas, para estudiar mejor a la gente”.<sup>71</sup> Su imagen contrastaba, explicó, “con los colores de aquella plebe negra o amulatada que lo aplaudía con frenesí”.<sup>72</sup> Sin embargo, concluyó, “el mayor interés de su fisonomía, inmóvil, pero sin dureza, estaba en la mirada

64 Las tropas de Rosas fueron parte de esta lógica. Mientras la infantería de Dorrego, afirmó Gálvez, tomaba por asalto los pueblos y saqueaban las viviendas, los gauchos de Rosas mostraban corrección y disciplina. ¿A qué se debía dicha postura? Pues al “extraño poder” que atribuyó a don Juan Manuel, el mismo que era capaz de inspirar orden y subordinación a sus allegados. Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, p. 23.

65 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, p. 176.

66 *Ibíd.*, p. 155 y v Gálvez, *El diario... op. cit.*, p. 136.

67 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, p. 49.

68 *Ibíd.*, p. 50 y Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, pp. 111 y 119.

69 Gálvez, *El gaucho... op. cit.*, p. 71.

70 *Ibíd.*, p. 139.

71 *Ibíd.*, p. 140.

72 *Ibíd.*, p. 168.

fuerte y en los labios delgados, casi horizontales”, cuya expresión era reservada, poco abierta y “no revelaba cordialidad”, cuestión que menguaba, según las necesidades, con su “acento un tanto temblón y cálido, el afecto y aún la ternura”.<sup>73</sup> Dichas pautas fueron sostenidas por Gálvez a lo largo de los años. En torno a la década de 1940 todavía describía a Rosas como un “déspota hermoso y rubio”, que era “bien amado por la plebe de Buenos Aires” y los gauchos pampeanos.<sup>74</sup>

Bajo esas ideas es que Gálvez formulaba la imagen del héroe Rosas, un comodín, usualmente utilizado por intelectuales y políticos, que servía para criticar cualquier contexto político, pues el gobernador de Buenos Aires era presentado como un modelo a seguir, el cambio necesario para imponer un orden social y cultural distinto, fuese aquel real o ficticio. Dicho comodín, como pudimos observar anteriormente, fue mutando en su significado, pues, a las anteriores posibilidades y características, se le agregó la faceta anti imperialista.

Sin desprenderse de la imagen creada en torno a la década de 1920, Gálvez fue dando hacia finales de la década de 1930 una imagen de Rosas en la que, además de destacar sus cualidades administrativas y de liderazgo, se destacaba su supuesta faceta anti imperialista e incluso democrática.<sup>75</sup> Hacia la década de 1940, Gálvez justificó el accionar implementado por Rosas ante los franceses en torno al año 1830, pues aquel no habría querido “ceder a las exigencias de un empleadillo del consulado francés” sobre la posibilidad de establecer un tratado similar al que había conseguido Inglaterra.<sup>76</sup> Lo que Rosas quería evitar, según el autor, era que los considerara “una colonia, un país de negros”, teniendo que aceptar sus “injustas exigencias”.<sup>77</sup> De hecho, para Gálvez la dictadura rosista llegó a la década de 1840 embravecida debido a las intenciones de los franceses, la provincia de Corrientes y los unitarios contra su Gobierno.<sup>78</sup>

Rosas habría defendido los intereses de las provincias incluso en el ámbito económico. Para Gálvez, no sólo se había destacado por proteger la espiritualidad del país, dejando al margen las imposiciones culturales europeas, sino que también había defendido la independencia económica poniendo al margen de la política las pretensiones económicas

---

73 *Ibíd.*, p. 140.

74 Gálvez, *Vida de Hipólito... op. cit.*, p. 13.

75 Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, pp. 61-62 y 125.

76 El ataque francés a la escuadra argentina tuvo lugar en 1829 en el marco de la disputa por la leva de los franceses para combatir en las guerras civiles argentinas. Sólo los británicos estaban exceptuados de alistarse obligatoriamente debido al temprano reconocimiento de la Independencia de las Provincias Unidas que la Corona había realizado en el tratado anglo-argentino de 1825.

77 Gálvez, *Vida de Sarmiento... op. cit.*, p. 60.

78 *Ibíd.*, p. 62.

imperialistas de los países europeos.<sup>79</sup> Si las provincias no hubiesen contado con la figura política de Rosas, afirmó, el territorio habría caído presa de las ambiciones extranjeras.<sup>80</sup>

En especial en sus biografías tituladas *Vida de Juan Manuel de Rosas* (1940) y *Vida de Sarmiento* (1945) describió a Rosas como un caudillo defensor de los intereses de las provincias de la Confederación, la “unidad nacional”, al igual que el orden social establecido y la moral cristiana, siendo esta última una postura destacada en menor medida por otros historiadores revisionistas. La organización nacional, sentenció, había sido realizada por Rosas, al igual que su defensa de los intereses provinciales frente a las potencias extranjeras: “La Constitución no constituyó ni organizó la Nación”, sino que “solo la reconoció”.<sup>81</sup> Otras figuras de la época, como Rivadavia o Lavalle, habrían querido unir a las provincias, sin lograrlo, consiguiendo sólo beneficiar a las potencias extranjeras. Dicha posición, sostuvo el autor, habían dejado documentada los “unitarios” en la “falsificación de nuestra historia”.<sup>82</sup> Su anti imperialismo, además, era destacado con un supuesto sentido americanista en su política exterior, posturas que Gálvez no había mencionado hacia principio de 1930.

Rosas habría rechazado la unión constitucional de las provincias para acrecentar el poder de Buenos Aires y su dominio sobre esta provincia, mostrándose contrario a la igualdad entre ellas.<sup>83</sup> Gálvez afirmó: “El país se ha organizado de hecho en una confederación de estados estrictamente autónomos y en cierto modo semi independientes. Este federalismo – conviene repetirlo- se parece al de Pi y Margall y otros republicanos españoles, quienes, años después que Rosas, pretenderán hacer de su patria un Estado en el que cada región –Castilla, Vasconia, Cataluña- se rijan por sus propias leyes e instituciones”.<sup>84</sup>

Respecto a los supuestos dotes democráticos de Rosas, justificó las facultades extraordinarias que recibió el ex gobernador, en primer lugar, afirmando que los hombres de la Revolución francesa creían compatible la “dictadura -esto implica la facultades extraordinarias- con la democracia”<sup>85</sup> y, en segundo lugar, argumentando que él no pretendía ser un dictador, aceptando esa prerrogativa jurídica sólo porque sin ella no habría sido posible gobernar en esa convulsionada época.<sup>86</sup> También agregó que los “unitarios” afirmaron la

79 Gálvez, *Vida de Hipólito...* op. cit., p. 200.

80 Gálvez, *Bajo la garra...* op. cit., p. 88.

81 Gálvez, *El diario de...* op. cit., p. 136.

82 Gálvez, *Vida de Juan...* op. cit., p. 96.

83 *Ibídem*, p. 155.

84 Para este tema, ver: *Ibídem*, p. 160, Halperín Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1982, Chiaramonte, José Carlos, *Ciudades, provincias, Estados. Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997 y Souto, Nora y Wasserman, Fabián, “Nación”, en Goldman, Noemí (comp.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 83-99.

85 Gálvez, *Vida de Juan...* op. cit., p. 122.

86 *Ibídem*, p. 129.

supuesta usurpación violenta del poder por parte de Rosas, siendo en primera instancia los federales quienes lo habrían empujado hacia la violencia y solo cuando fueron consumados los primeros asesinatos por parte de los unitarios.<sup>87</sup>

La imagen de Rosas como un demócrata, distinta a la construcción de un Rosas políticamente fuerte, no logró satisfacer a muchos revisionistas. Este fue el caso de Carlos Ibarguren (h) quien, a pesar de exaltar toda reivindicación a Rosas, no estuvo de acuerdo con la visión que lo convertía en un adalid de la democracia.<sup>88</sup> Sin embargo, debemos tomar en consideración que el concepto de democracia es muy amplio. Es probable que Gálvez hiciera referencia a dicho término para resaltar la importancia que daba Rosas a la opinión de las masas tomando en cuenta aquellas representaciones concretas que consideraba de índole democrática, como la elección electoral y el controversial otorgamiento de las facultades extraordinarias. Para Gálvez, la “historia oficial” había sido la culpable de demonizar la dictadura del ex gobernador: “los crímenes de los lugartenientes de Paz no son cargados en la cuenta de Paz, pero a Rosas se le achaca todo delito cometido por algunos de sus satélites”.<sup>89</sup> Por esta razón, afirmó Gálvez, no es posible comprender a Rosas si se ignoran los crímenes de sus enemigos.<sup>90</sup>

## Conclusión

Como ha sucedido con muchos historiadores, la producción de los escritos realizados por Gálvez estuvo atravesada por las pretensiones y cambios que esperaba realizar para la Argentina. Así, buscó en distintas figuras políticas importantes del siglo XIX las características que, pretendía, tuviesen los líderes del siglo XX. Para el autor, muchos de los problemas que habían acontecido en el país se debían al avance de la democracia y el liberalismo como sistemas políticos. Una figura con mucho poder político que representara a los ciudadanos era una de las posibles soluciones que encontraba Gálvez para salir de la crisis cultural en que, entendía, se encontraba inmersa la sociedad. De todas formas, no sólo buscó resaltar determinadas características de los personajes que analizaba, sino que también forzó la descripción de dichas particularidades para que congeniaran con las pautas que buscaba destacar. Como resultado, su relato histórico se caracterizó por utilizar a las figuras del siglo XIX para ejemplificar las características que debían guardar aquellos políticos que buscaba

---

87 Para este tema, ver: *Ibíd.*, p. 123 y 128 y Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, sudamericana, 2009, pp. 249-251.

88 Quattrocchi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires EMECE, 1995, pp. 182 y 131.

89 Gálvez, *Vida de Juan... op. cit.*, p. 96.

90 *Ibíd.*, p. 132.

realzar socialmente, a la par que criticaba y denostaba mediante los contraejemplos a distintas figuras de su contexto de época que reprobaba políticamente. En este sentido, no resulta descabellado considerar que en el ideario del autor Uriburu o Perón fuesen las representaciones de Rosas en el siglo XX, al menos por un corto lapsus de tiempo.

Siguiendo la anterior lógica es que cambió las pautas que describió sobre Lavalle y Rosas dependiendo la época de su producción intelectual. Sus concepciones políticas de finales de la década de 1930, atravesadas por la decepción que había generado en su persona el gobierno de Uriburu y la revalorización que había realizado sobre la figura de Yrigoyen y su postura anti imperialista, incidieron para que cambiara las características que destaca sobre el caudillo porteño, destacando su supuesta defensa de los intereses nacionales y las virtudes democráticas que habría expresado a diferencia de otros líderes, como Lavalle, por él caracterizados como autoritarios.

Más allá de los líderes políticos que el autor buscó distinguir, su peculiar forma de entender a los partidos unitario y federal logró establecerse en algunos grupos minoritarios de la sociedad, siendo aquella imagen rescatada por el revisionismo desde mediados de 1935. Aquella tendencia historiográfica logró expandir las ideas que en un principio Gálvez, así como otros autores, habían formado sobre el unitarismo, dejando ligados al liberalismo y el europeísmo a muchas de sus figuras.

De cualquier forma, como brevemente esbozamos al principio del escrito, el relato de Gálvez tuvo la virtud de llegar a un público masivo que, ávido por comprender el pasado argentino, adhirió a su relato. El autor encontró una faceta comercial, mediante las biografías de personajes históricos y sus novelas históricas, que había quedado vacante en el mercado literario y que otros intelectuales no habían podido llenar por completo, ganando un lugar importante entre los literatos que hicieron de la historia argentina una parte importante de su biografía.

## **Bibliografía**

- Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Baczkó, Bronislaw, “La Polonia de Solidaridad: una memoria explosiva”, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

- Bruno, Paula, *Pioneros culturales de la Argentina, Biografías de una época*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Cattaruzza, Alejandro, “El revisionismo: itinerario de cuatro décadas”, en Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro, *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires, 2003.
- Cattaruzza, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Chiaramonte, José Carlos, *Ciudades, provincias, Estados. Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Chiaramonte, José Carlos, *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina. Una historia*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, sudamericana, 2009.
- Gramuglio, María Teresa, *Nacionalismo y cosmopolitanismo en la literatura argentina*, Rosario, Municipalidad de Rosario, 2013.
- Gálvez, Manuel, *Bajo la garra anglofrancesa*, Buenos Aires, Austral, 1952.
- Gálvez, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001.
- Gálvez, Manuel, *El gaucho de Los Cerillos*, Buenos Aires, Austral, 1943.
- Gálvez, Manuel, *El mal metafísico*, Buenos Aires, 1917.
- Gálvez, Manuel, *Hombres en soledad*, Buenos Aires, Club de libro, 1938.
- Gálvez, Manuel, “La obra social que desarrolla el coronel perón”, en Perón, Juan Domingo, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1944.
- Gálvez, Manuel, *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Claridad, 1997.
- Gálvez, Manuel, *Vida de Hipólito Yrigoyen. El hombre del misterio*, Buenos Aires, Tor, 1951.
- Gálvez, Manuel, *Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad*, Buenos Aires, Tor, 1957.
- Halperín Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1982.
- Palti, José Elías, *¿Las ideas fura de lugar? Estudios y debates en torno a la historia político-intelectual latinoamericana*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

- Quattrocchi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires EMECE, 1995.
- Souto, Nora y Wasserman, Fabián, “Nación”, en Goldman, Noemí (comp.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Spektorowski, Alberto, *Autoritarios y populistas. Los orígenes del fascismo en la Argentina*, Buenos Aires, Lumiere, 2011.
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008.